



La biblioteca escolar como centro de investigación

¿Es verdad que las bibliotecas escolares no funcionan porque no hay bibliotecario escolar? ¿Es verdad que en estas bibliotecas no hay recursos materiales suficientes? ¿Es verdad que no se utilizan porque todo está en internet? A estas y otras muchas cuestiones comprometedoras responde la autora de este artículo que, tras la lectura del libro *Bibliotecas escolares* de Concepción Jiménez Fernández y Raúl Cremades García (Barcelona, Editorial UOC, 2013), reflexiona sobre los cambios tan necesarios para valorar la función de una biblioteca escolar.

La lectura del libro *Bibliotecas escolares*, de Concepción Jiménez Fernández y Raúl Cremades García (Barcelona, Editorial UOC, 2013), me ha hecho reflexionar sobre una de las principales y menos atendidas funciones de la biblioteca escolar: su uso como un centro de recursos destinado a la investigación de los estudiantes y sus profesores. En este breve artículo pretendo explicar, a partir de la indiscutible importancia que tiene la investigación escolar para el desarrollo de las competencias educativas, la funcionalidad de la biblioteca escolar. Hay muchas razones para creer en la utilidad de las bibliotecas en los centros de enseñanza, pero considero que ninguna tiene tanto peso en la actualidad como la de ser un centro de recursos dinámico donde desarrollar proyectos formativos que vayan más allá de las tradicionales actuaciones festivas, cuentacuentos, exposiciones, recitales, charlas literarias, etc.

Los autores de mi obra de referencia, repasan en una exposición clara y de modo acertado la situación real de las bibliotecas escolares en España: hay muchos centros que no tienen biblioteca o que la tienen pero está cerrada con llave y nadie la usa; en otras bibliotecas solo hay libros y apenas disponen de materiales multimedia, como si los materiales en este formato no fueran educativos y lúdicos; es frecuente que en los centros se use el espacio de la biblioteca como sitio de castigo para hacer deberes cuando no es posible trabajar dentro del aula; y, en general, las bibliotecas escolares son administradas por profesores de guardia cuya función es velar por el silencio de los castigados y, eventualmente, catalogar alguna nueva adquisición o atender al servicio de préstamo cada vez menos usual. Es cierto, como muy bien dicen, que existe una opinión bastante extendida en la actualidad entre los docentes y los padres de alumnos de que todo está en internet y que, salvo para leer literatura como entretenimiento, estas bibliotecas no tienen sentido. De hecho, hace unos meses visité un colegio de educación primaria que presentaron orgullosos desde la Dirección Provincial de Educación de Zamora como modelo de innovación por su equipamiento en nuevas tecnologías y metodología didáctica, cuya biblioteca estaba cerrada a cal y canto. El director del colegio explicó la inutilidad hoy día de estos espacios, solo usados para presentaciones de trabajos, cuentacuentos o algunas filmaciones donde los libros de las estanterías creaban un marco agradable para el desarrollo de la actividad. Por supuesto, ya no se invierte en libros y todo el dinero va destinado a material inventariable TIC. Con esta mentalidad, es comprensible la inexistencia en muchos centros del plan de biblioteca que Jiménez Fernández y Cremades García consideran imprescindible en los proyectos educativos. No hay plan de biblioteca en los colegios e institutos porque no se cree en la utilidad de la biblioteca.

La modernización de algunas bibliotecas escolares se ha realizado introduciendo ordenadores para que los chicos vayan en el recreo a consultar internet. Y las que no se han modernizado, han seguido con sus libros de siempre, a veces incluso todavía sin catalogar, para servicios de préstamo esporádicos. En los centros de secundaria, me consta que la biblioteca tiene un uso reducidísimo cuando no inexistente. Y en los de primaria, todavía alguna vez se utiliza el espacio para cuentacuentos, clubes de lectura, talleres creativos y otras actividades que los autores de *Bibliotecas escolares* (p. 43) presentan como posibles para fomentar la comunicación y el trabajo en equipo.

*Existe una
opinión bastante
extendida en la
actualidad entre
docentes y los padres
de alumnos de que
todo está en internet.*

Un aspecto que nuestros autores resaltan en más de una ocasión en su obra es la ausencia de bibliotecario cualificado en los centros escolares. Esta función la suelen cumplir los profesores que, al menos en los institutos de secundaria, tienen asignadas en su horario oficial horas de biblioteca. Podemos pensar que es la falta de horario y de cualificación en biblioteconomía y documentación la causa del mal funcionamiento de estas. Pero no creo que el problema esté ahí. He conocido centros donde un profesor por cuestiones administrativas particulares cumplía todo su horario realizando la labor de bibliotecario y la mejora en el servicio solo se apreciaba en la catalogación y organización física, en el cuidado de la sala de lectura y en la agilidad del préstamo. ¿Se debe, entonces, a la falta de especialización para llevar a cabo este trabajo? Tampoco creo que sea una razón contundente. La formación es importante, pero, en principio, cualquier profesor, por cuestiones de profesionalidad, debería estar preparado para la función que considero principal en un bibliotecario escolar: la dinamización de proyectos de investigación en colaboración con los profesores de las diferentes materias.

La llamada investigación escolar forma parte de una metodología basada en el aprendizaje significativo, es decir, en el hecho de aprender a aprender y a descubrir el conocimiento a partir de unos recursos que la sociedad ofrece. El desarrollo de las capacidades intelectivas de los niños y adolescentes está ligado a su capacidad para aprender y crear, no exclusivamente a su capacidad de imitación y retención de los contenidos transmitidos por el maestro. Y en este sentido, el desarrollo de proyectos de aula desde la educación infantil permite a los niños desarrollar estrategias de éxito para lograr los objetivos conceptuales, procedimentales o actitudinales que sean necesarios en cada materia. Organizar estas tareas en las que los niños tengan que pensar y conducir su propio aprendizaje a partir de unos conceptos básicos, unos recursos bien seleccionados y unas estrategias de búsqueda adecuadas, supone un trabajo para el profesor muy superior al del uso del libro de texto u otros materiales de edición escolar. Estos mismos autores señalan que “todavía muchos docentes siguen usando el libro de texto como única fuente de información y acceso al conocimiento” (p. 18) y me consta que es verdad, después de más de dieciocho años trabajando como profesora de instituto. Para estos profesores, la biblioteca escolar no tiene sentido, pues no necesitan recursos ni para preparar sus clases ni para que sus alumnos aprendan. Todo está en el libro de texto: el profesor tiene su guión teórico para impartir sus clases, los alumnos disponen de los contenidos de

los que van a ser evaluados incluso sin necesidad de la explicación del profesor, los padres saben lo que se les va a pedir a sus hijos en el examen y pueden ayudarles a repasar, y en el libro de texto también hay ejercicios para afianzar esos contenidos sin necesidad de acudir a más materiales o actividades originales.

La principal función de las bibliotecas escolares hoy es su labor como centros de investigación y recursos para el aprendizaje.

Claramente, ¿para qué puede servir una biblioteca escolar si no es porque ahí es donde están los únicos ordenadores disponibles en el centro para los alumnos o para sacar alguna de las lecturas obligatorias que se piden en la asignatura de lengua y literatura? No se puede decir que este tipo de didáctica basada exclusivamente en el libro de texto esté desfasada, porque sigue siendo la practicada por la gran mayoría de profesores. Pero, sin duda, no es propia de nuestro mundo actual, donde los avances científicos y sociales son muy rápidos y el acceso a la información es tan fácil que no basta con asimilar ciertos conocimientos para la ejercitación de cualquier función, sino que es necesario saber encontrar, seleccionar, relacionar, deducir y abstraer información para poder concluir y satisfacer los objetivos propuestos. Contamos con tantas fuentes de conocimiento en la actualidad, que, dada la imposibilidad de conocer en profundidad casi nada, debemos preparar a los alumnos en el saber acceder a esas fuentes cumpliendo la funcionalidad propuesta. En esto debe consistir la investigación escolar, un proceso didáctico que prepara a los alumnos para adquirir nuevos conocimientos e integrarlos en el universo que corresponda en función de sus objetivos.

Y, en este planteamiento didáctico de investigación escolar, ¿dónde encaja la función de la biblioteca y del bibliotecario? Parece evidente: la biblioteca es ese centro de recursos que los profesores deben seleccionar para ofrecer a sus alumnos en sus proyectos de investigación. Pero, ¿no está todo en internet?, se preguntarán muchos. La respuesta es un claro no. Quizás en el futuro todos los materiales bibliográficos estén digitalizados y online, pero



todavía hoy el material impreso tiene mayor relevancia intelectual. Por eso, una buena biblioteca escolar debe reunir todo tipo de materiales en soporte papel (libros y revistas), audiovisual, digital y online (internet de acceso libre y bajo suscripción) que pueda servir para el desarrollo de proyectos de investigación escolares.

Jiménez Fernández y Cremades García (pp. 56-57) señalan entre las funciones del bibliotecario escolar la de encargado de recopilar documentación y gestionar los recursos y la de ayudar a los alumnos en el uso de las fuentes de información, en la identificación y selección de documentos útiles para su investigación y en la interpretación de los datos obtenidos. Ahora bien, ¿quién diseña los proyectos de investigación? Deben ser los profesores desde sus diferentes disciplinas los que planteen este tipo de actividades para sus alumnos. Los especialistas en las distintas materias deben organizar este tipo de propuestas para cumplir con los objetivos de sus programaciones y, del mismo modo, deben incluir en el proyecto los recursos que ofrecen a los alumnos para llevar a cabo el trabajo. El bibliotecario puede sugerirles recursos, pero es el profesor especialista en la asignatura quien tiene la obligación de conocer las fuentes de información que responden al objetivo de la actividad planteada. No es admisible esconderse en la excusa de que como no hay bibliotecario que ofrezca recursos, no se pueden plantear actividades de investigación. Nadie mejor que el profesor especialista debe conocer las fuentes más actuales del conocimiento de su asignatura. Si el centro dispone de bibliotecario, mucho mejor, ya que podrá ejercer de ayuda tanto para la búsqueda de recursos que le sirvan al profesor en el diseño del proyecto, como de apoyo a los alumnos en su investigación. Pero quiero insistir en que esta función debe ejercerla igualmente el profesor de aula.

Por otra parte, es función del bibliotecario o persona encargada comprar y gestionar los materiales. Pero, ¿qué compra? De nuevo, deben ser los profesores especialistas los que le sugieran libros y quizás

licencias para hacer uso de materiales on line que vayan a utilizar en sus proyectos de clase. Por experiencia puedo decir que muchas veces la adquisición de recursos decae en decisiones unipersonales no por protagonismo, sino por falta de colaboración por parte del profesorado.

La idea de colaboración también la tienen clara Jiménez Fernández y Cremades García (pp. 56-57): el bibliotecario debe “participar en la selección y adquisición de los materiales didácticos, informativos y de esparcimiento necesarios para el desarrollo de los programas escolares, en coordinación con el personal docente y el alumnado” y “colaborar con los demás profesores en la planificación y el desarrollo del currículum, en un proceso de enseñanza-aprendizaje basado en una pluralidad de recursos educativos.” En sus frases está implícita la idea que defiendo: el bibliotecario no es el único responsable de la adquisición de fondos ni el principal autor de los proyectos de investigación. El bibliotecario puede promover y sugerir actividades a los profesores como colaborador, pero no como director de la actividad. El bibliotecario ofrece, sugiere, dinamiza, apoya... pero su trabajo es en vano si no cuenta con la actitud profesional del profesor.



*El bibliotecario
ofrece, sugiere,
dinamiza, apoya...
pero su trabajo es en
vano si no cuenta con
la actitud profesional
del profesor.*

Comparto plenamente con Jiménez Fernández y Cremades García la idea de que la biblioteca es “un lugar donde aprender a reflexionar, a buscar y utilizar información de forma crítica, a divertirse y a compartir inquietudes y conocimientos” (p. 22) y que “ha de enseñar a los alumnos diferentes habilidades que les permitan saber evaluar, seleccionar, cribar y utilizar las información en cualquier soporte y en cualquier formato; [...] fomentar el hábito lector e investigador de los alumnos de manera constante y continua, con estrategias y actividades



periódicas [...]” (p. 72). Pero el problema de que las bibliotecas escolares no tengan funcionalidad como centros de investigación y recursos no reside en la falta de materiales ni en la falta de bibliotecario. Por supuesto que los medios nunca sobran, y si se cuenta con un bibliotecario especializado o con personal docente que disponga de horas de biblioteca y sepa hacer su trabajo, mucho mejor. Pero el gran problema reside, en mi experiencia desde distintos puntos de vista, en la mentalidad del profesorado en general y en su tradición pedagógica. Es necesario un cambio formativo que lleve realmente la innovación a las aulas y transforme la metodología didáctica.

Los profesores deben plantear más frecuentemente trabajos de investigación que permitan a sus alumnos aprender utilizando la multiplicidad de recursos y fuentes que nos ofrece hoy la sociedad. Para esta transformación se necesita, además de buena voluntad y capacidad de trabajo, por una parte, desechar la idea de que el único conocimiento existente hoy está en internet, y por otra, una mejora en el plan de formación profesional de los docentes. Respecto al primer aspecto, hay que tener en cuenta la proliferación editorial científica de calidad de que disponemos para estar al día en conocimientos y didáctica de las disciplinas. Estos materiales pueden adquirirse para la biblioteca escolar de forma selecta y pensando en su rentabilidad escolar. Igualmente, se pueden comprar

revistas especializadas de carácter divulgativo que se den a conocer entre los alumnos y no queden arrinconadas en la estantería. Respecto a la formación del profesorado, considero que es esencial la continuidad para madurar en conocimientos, estrategias didácticas y recursos innovadores. La formación estimula la profesionalidad y es indispensable en cualquier trabajo, pero, si cabe, más en el trabajo docente, que tiene una gran responsabilidad social.

*Los profesores
deben plantear más
frecuentemente trabajos de
investigación que permitan
a sus alumnos aprender
utilizando la multiplicidad
de recursos y fuentes que
nos ofrece hoy la sociedad.*

Los autores de *Bibliotecas escolares* no son pesimistas y afirman que “las bibliotecas escolares del futuro tendrán que existir en todas y cada una de las escuelas y funcionar a pleno rendimiento durante todo el tiempo que permanezca abierto el centro” (p. 23). Yo no soy tan optimista. En mi opinión, la principal función de las bibliotecas escolares hoy es su labor como centros de investigación y recursos para el aprendizaje. Mientras no haya un cambio metodológico real en la docencia de las disciplinas, la investigación escolar no será necesaria, o seguirá reducida, en el mejor de los casos, a recursos TIC. Este cambio no es fácil porque romper realmente con una tradición pedagógica tan anclada en lo conceptual y el libro de texto es difícilísimo. Por otra parte, las exigencias en la formación continua del profesorado siguen siendo mínimas y, en muchos casos, falsas, pues, siempre hablando de forma general, no se da importancia a lo que no tiene compensación material clara. Son necesarios muchos cambios para que se pueda valorar la función de la biblioteca escolar. Mientras tanto, seguiremos pensando que no hay recursos materiales, que no hay bibliotecario, que los niños no leen, que ya no se lee... ▲

AUTORA: Martín Vegas, Rosa Ana. Universidad de Salamanca.

FOTOGRAFÍAS: Fernández Ferrer, Salvador.

TÍTULO: La biblioteca escolar como centro de investigación.

RESUMEN: Tras la lectura del libro *Bibliotecas escolares* de Concepción Jiménez Fernández y Raúl Cremades García (Barcelona, Editorial UOC, 2013), la autora expone numerosos puntos de vista y reflexiones sobre la funcionalidad de la biblioteca escolar; sobre su utilidad como recurso dinámico; sobre la utilización del libro de texto como recurso único en el aula; la función del bibliotecario escolar; la idea confundida de que todo está en internet; o en qué debe consistir la investigación escolar. Todo ello para concluir, de manera fundamentada, que todavía son muchos los cambios necesarios para valorar la función de una verdadera biblioteca escolar.

MATERIAS: Bibliotecas Escolares / Utilidad de la Biblioteca Escolar / España.